

Identidad y Cultura en
el siglo XX Mexicano
(homenaje a
contrapelo para
Bolívar Echeverría
y Carlos Monsiváis)

P E D R O Á N G E L P A L O U

El problema de la periodización del estudio de la cultura mexicana —sea por décadas como pretendió Monsiváis siguiendo a su maestro Novo que juntó sus crónicas por sexenios o por generaciones como pretendió Enrique Krauze tomando la idea de Ortega y Gasset— reside en que plantea las épocas o los grupos como lugares de síntesis y equilibrio y parece desconocer que en cada tiempo se da una lucha de fuerzas, de tendencias y que en una generación conviven también diversas *facciones* y lecturas del propio país, y de lo externo a él. Nosotros ahora queremos presentar ese espacio de pugnas y conflictos, de posiciones irreductibles en un mapa somero que para el siglo XX empieza después de 1921 con la llamada Pax Obregonista en los que he llamado nuestros *años locos*. Una cartografía no exenta, claro está, de batallas. La palabra clave, nuestro significativo maestro para penetrar en ese territorio es *identidad*. No hay vocablo más usado en el siglo XX mexicano, no hay palabra, sin embargo, que haya tenido tantas acepciones que abarcarla sería equivalente a producir un diccionario con ese solo término.

Identidad, entonces, como pulsión y Carlos Monsiváis así lo veía en sus notas.¹ Si la nacionalidad —hecho histórico— es determinada en sus atributos (piensa) por la burocracia en el poder y por el conflicto entre las pequeñas burguesías conservadoras y liberales, parte de ese momento estelar —el vasconcelismo— e todo lo que tiene de delirante: que el espíritu hable por la raza. Pero pronto el esfuerzo estetizante del apóstol es asumido por la enseñanza primaria que desplaza a la religión y seculariza las características históricas para proponerse unificadora —esa es la labor de la *religio*, religar, unir, pero después de la revolución le correspondió al Estado— y por ende excluyente. Si hay una *identidad nacional* —sustituta de la historia patria— ¿dónde están las identidades de los indígenas, de lo rural, de los trabajadores recién desplazados a la urbe? La primera pugna —entre *Estridentistas* y *Contemporáneos*— da cuenta, en el terreno de la forma de un problema esencialmente social. No sólo se trata de la vieja polémica nativismo contra cosmopolitismo que estudiaba para el caso brasileño Antonio Cândido. Aquí se ponía en juego en lo literario —o en lo plástico, pensemos la diferencia entre Alva de la Canal y María Izquierdo, por ejemplo— el mismo conflicto que se presenciaba en el terreno social. La literatura discute a su manera las mismas cuestiones que discute la sociedad, pero desde la forma, como elaboración específica de esos conflictos. Si bien los bandos no están definidos en los primeros años de 1920 sí son claras para 1932 cuando Manuel Maples Arce pide la expulsión de los redactores de la revista *Examen* del país en la propia cámara de diputados, por “extranjerizantes, lectores de Gide y Cocteau”. Dos años antes de que el Cardenismo convirtiera al nacionalismo en su centro neurálgico —y a la *identidad nacional* en su bandera—, era claro que la pequeña burguesía revolucionaria, que se estaba convirtiendo en conservadora, pugnara por *cerrarse dentro de sí*. Es claro Bolívar Echeverría cuando afirma: “La sociedad que se moderniza desde afuera justo al de-

¹ Carlos Monsiváis, “Notas sobre el Estado, la cultura nacional y las culturas populares en México”, *Cuadernos Políticos*, núm. 30 (Oct-Dic 1981): 33-52. Ed. Era: <http://www.cuadernospoliticos.unam.mx/cuadernos/contenido/CP.30/30.4.CarlosMonsivais.pdf>

fender su identidad, no puede hacer otra cosa que dividirla: una mitad de ella, la más confiada, se transforma en el esfuerzo de integrar ‘la parte aprovechable’ de la identidad ajena en la propia, mientras otra, la desconfiada, lo hace en un esfuerzo de signo contrario: el de vencer a la ajena desde adentro al dejarse integrar por ella.”²

Esta intuición de Bolívar Echeverría es fundamental para entender no sólo la empresa estética de la posrevolución, sino al estado mexicano moderno que nace de esa gesta. Salvo el Cardenismo, como paréntesis, se trató de un proyecto de modernización exógeno que a través de la construcción de la identidad —la mexicanida— y su sujeto biopolítico —el mestizo— buscó dotar de una realidad simbólica a un país recién (re)construido.

II

Se lee en *Las batallas en el desierto*, de José Emilio Pacheco:

Sin embargo había esperanza. Nuestros libros de texto afirmaban: visto en el mapa México tiene forma de cornucopia o cuerno de la abundancia. Para el impensable 1980 se auguraba —sin especificar cómo íbamos a lograrlo— un porvenir de plenitud y bienestar universales. Ciudades limpias, sin injusticia, sin pobres, sin violencia, sin congestiones, sin basura. Para cada familia una casa ultramoderna y aerodinámica (palabras de la época). A nadie le faltaría nada. Las máquinas harían todo el trabajo. Calles repletas de árboles y fuentes, cruzadas por vehículos sin humo ni estruendo ni posibilidades de colisiones. El paraíso en la tierra. La utopía al fin conquistada.

Lo mismo ocurrirá en materia plástica en los años 50 cuando José Luis Cuevas, harto del arte nacionalista pide a los artistas salirse de la *cortina* de nopal. Lo que Cuevas y su generación pretendían en la pintura, la generación de medio siglo lo hacía en sus propios libros, en sus revistas —la de Elizondo, sobre todo, *Snob*, pero también en la de Carballo y Fuentes, la *Revista Mexicana de Literatura*— y en sus actividades de promoción cultural —como la Casa del Lago. La misma pugna social —el alemanismo y su abrazo de lo *extranjero* y la modernidad que bien puede verse en uno de los más conspicuos miembros de su generación: José Emilio Pacheco cuya novela citamos al inicio de este apartado. Lo dice una y otra vez. Se acabó aquel país. ¿Cuál? El de la posrevolución nacionalista. Ahora lo que viene es un tiempo de consumo y feroz capitalismo industrial que terminará por desplazar al agro. La literatura mexicana sin embargo ha sido incapaz de narrar —como lo hizo, por ejemplo, en Argentina Manuel Puig— el proceso que desde los treinta a los cincuenta no solo utilizó lo logrado por la educación formal vasconcelista y de Bassols, sino por lo que Monsiváis con tino llama *años dictatoriales del radio y el cine*. El cine inventa al rancho —y al rancharo—, con Fernando de Fuentes a la cabeza y también inventa al

² Bolívar Echeverría, *Modernidad y barroco*. México: El Equilibrista: 183. El diagnóstico de Echeverría —aunque aplicable a toda modernización desde fuera— es equivalente al que hace Octavio Paz: “La porción desarrollada de México impone su modelo a la otra mitad, sin advertir que ese modelo no corresponde a nuestra verdadera realidad histórica, psíquica y cultural, sino que es una mera copia (y copia degradada) del arquetipo norteamericano”.

pueblo —populacho, le dirá Monsiváis para distinguirlo del verdadero— de *Nosotros los pobres* a *Mecánica nacional* o *La pulquería*.

Esos años dictatoriales serán seguidos por una tiranía aún mayor a partir de los sesentas. El rancho será sustituido por la vecindad y Pedro Infante por Chespirito y El Chavo del ocho. El melodrama —nuestro verdadero género cinematográfico— por la telenovela y el control de la verdad a partir de los noticieros oficiales televisivos. Los años de la represión política solo pueden entenderse con la represión del imaginario que tal adoctrinamiento —del radio, el cine y la televisión— producen.

III

Ajenos a esas realidades, los intelectuales posteriores a 1968 están preocupados con una palabra que sustituye a la consabida, identidad. *Democracia*. O mejor, *democratización*. Consideran como Carlos Fuentes que es eso o el fascismo (ante la andanada de regímenes militares y golpes de estado en el Cono Sur, sólo por situar histórica y políticamente la polémica decisión de dejarse engullir aparentemente por el *Ogro filantrópico*).³

En esos años, hoy tan aparentemente lejanos del partido hegemónico —*dictablanda*, diría Vargas Llosa en una polémica intervención posterior—, un sector progresista o de izquierda pensaba que era posible la constitución de un partido político de oposición que no fuera de derecha. El PAN quiere ser a la vez poder y oposición, criticaba Paz. Junto con Heberto Castillo, Demetrio Vallejo, Víctor Flores Olea, Carlos Fuentes y Luis Tomás Cabeza de Vaca planean un partido socialdemócrata cuyos esfuerzos no llegan a cobrar vida final. 1968 era un fantasma fatídico y el Jueves de Corpus con los Halcones echeverristas agravaba el asunto. El gobierno se mostraba incapaz de responder políticamente a las demandas estudiantiles —el famoso *pliego petitorio*— del Consejo Nacional de Huelga y con su torpeza desconocía la fuerza de un importante sector de las clases medias que volvería a emerger en el terremoto de 1985, en el fraude de 1988 y en el alzamiento zapatista de 1994. Octavio Paz entrevistado en *Excélsior*⁴ por un lado conmina a quienes buscan explorar sus ideas políticas sobre el país a que lean *Postdata*, donde su autor analiza esa fractura imposible de cerrar que fue la Masacre de Tlatelolco y la fascinación de los mexicanos por el po-

³ Escribe Fuentes en el artículo “Opciones críticas en el verano de nuestro descontento”: “Dejar aislado al actual Presidente de la República significa, para mí, abstenerse de una participación crítica en nuestra vida pública”. Fuentes comienza esbozando una imagen panorámica de la crisis del desarrollo capitalista en México y del costo social inaceptable que es la pobreza y la ausencia de redistribución de ingresos. Sostiene que debe hallarse una suerte de solución socialista a medio camino entre el complejo industrial-militar de Estados Unidos y la autocracia burocrática de la Unión Soviética, o bien, una solución ajena a esos términos, aunque en ambos países Fuentes ve indicios de cambio en términos del impulso democrático de sus pobladores, como sucede con los “nuevos estilos de vida” en Estados Unidos, por ejemplo, donde la gente está “amando, escribiendo, pintando, cantando, filmando, reclamando el derecho del negro, de la mujer, del chicano, y organizándose políticamente para lograr sus objetivos”. Citado por John King en <http://www.letraslibres.com/revista/convivio/octavio-paz-pasion-critica>, web 03/10/2008.

⁴ Citado por Marie-José Paz, J. A. Castañón, D. Torres Fierro (eds.), *A treinta años de Plural (1971-1976)*. Revista fundada y dirigida por Octavio Paz, México: FCE, 2001.

der –correlato de lo expuesto en el libro del que ese texto importantísimo es corolario, *El laberinto de la soledad*. Allí, en *Postdata*, el poeta revelaba:

Ciertos voceros del gobierno —periodistas, líderes obreros y campesinos, antiguos presidentes y unos cuantos ingenuos— enarbolaron frente al movimiento estudiantil dos espantajos: el de la revolución marxista leninista y el cuartelazo militar. (...) Observo que el ejército efectivamente intervino pero no para liquidar el orden reinante sino a varios cientos de muchachas y muchachos reunidos en una plaza pública.⁵

Ya había hecho una reflexión como embajador en la India sobre los movimientos estudiantiles en el mundo y la propia carta de renuncia a la embajada es también un texto esencial para entender la lectura que Paz hace del fenómeno y de la incapacidad gubernamental de escuchar a los jóvenes. En su libro Paz realiza lo mismo una expiación que una explicación: anuncia su ruptura y analiza la descomposición del régimen de partido único que dio como resultado la noche triste de Tlatelolco. La crítica que el libro propone es demoledora, aunque a veces oscurecida por sus referencias al pasado mítico mexicano, a las metáforas de las pirámides. El cáncer se ha convertido en metástasis, todo el cuerpo social y político de México se encuentra corrompido. Escribe lapidariamente: “el 2 de octubre terminó el movimiento estudiantil. También terminó una época de la historia de México”. Me pregunto si es cierto o si el viejo sistema se rehízo sólo para perpetuarse en una metáfora también cara a Paz, la del pasado azteca. Y es que hay que reconocer, con el propio poeta, que las demandas estudiantiles eran perfectamente válidas y, además, se las hubiese podido satisfacer:

La actitud de los estudiantes le daba al gobierno la posibilidad de enderezar su política sin perder la cara. Hubiera bastado con oír lo que el pueblo decía a través de las peticiones juveniles (...). Se habría roto la cárcel de palabras y conceptos en que el gobierno se ha encerrado (...). Al liberarse de su cárcel de palabras, el gobierno habría podido formar la otra cárcel, más real, que lo envuelve y paraliza: la de los negocios e intereses de los banqueros y financieros (...). El gobierno prefirió apelar, alternativamente, a la fuerza física y a la retórica revolucionario institucional.⁶

Hay dos textos de esos años, los dos escritos mientras Octavio Paz daba clases en Harvard que son esenciales, a mi juicio, para entender su pensamiento político en los setentas. El primero es producto de su intervención aquí mismo en la mesa redonda “México: presente y futuro” organizada por John Womack y Frederick Turner, los dos profesores de Harvard. Y en la célebre carta que, después de leer *La revolución interrumpida* —instado por Womack el gran teórico del zapatismo morelense que Paz admiraba tanto por su abuelo Ireneo—, le escribe a su autor, Adolfo Gilly, por entonces preso en Lecumberri (ambos textos publicados en su revista, *Plural*, primero el número 5, de febrero de 1972 y luego el número 6 correspondiente a marzo de 1972). Para Paz el PRI como partido de estado es una variante de las burocracias

⁵ Octavio Paz, *Postdata*, México: Siglo XXI Editores, p. 257.

⁶ Octavio Paz, *ibid.*, p. 36.

autoritarias del siglo XX y sus totalitarismos y de la fascinación con el poder del mexicano, según su retrato estereotípico con la triple figura histórica del tlatoani, el caudillo y ahora el licenciado. Como había también denunciado en su poema sobre Tlatelolco, la historia parece ser un continuo: “Los empleados/ Municipales lavan la sangre/ En la Plaza de los Sacrificios”. En la carta a la que ya he hecho referencia al Secretario de Relaciones Exteriores, Antonio Carrillo Flores, donde explica los movimientos estudiantiles, escrita unas semanas antes de la masacre, dice Paz:

estos grupos de un modo intuitivo encuentran que nuestro desarrollo político y social no corresponde al progreso económico. Así, aunque a veces la fraseología de estudiantes y otros grupos recuerde a la de jóvenes franceses, norteamericanos y alemanes, el problema es absolutamente distinto. No se trata de una revolución social, aunque muchos de sus dirigentes sean revolucionarios radicales, sino de realizar una reforma en nuestro sistema político. Si no se comienza ahora, la próxima década será violenta.⁷

No fue la siguiente década, sino muy cerca. El 2 de octubre. Paz acierta en el diagnóstico: la base social del movimiento no está en la *revolución* sino en la *revuelta*, busca la apertura y la democratización del sistema, no su caída. Algo similar dirá en la mesa con Womack o la carta a Gilly que recogerá en *El ogro filantrópico*, su ensayo para diseccionar a ese monstruo burocrático, al príncipe y al intelectual dentro del sistema político mexicano. De hecho, la famosa carta a Gilly termina compartiendo los fines aunque no los medios de la lucha por una reforma integral al sistema político mexicano: “Usted escogió el socialismo —y por eso está en la cárcel. Este hecho también me lleva a mí a escoger y a condenar a la sociedad que lo encarcela. Así, al menos en ciertos momentos, nuestras diferencias filosóficas y políticas se disuelven y se resuelven en esta proposición: hay que luchar contra una sociedad que encarcela a los disidentes.”⁸

Excarcelados los disidentes la pregunta para estos tiempos de violencia y de narcoestado debe ser, indudablemente, qué hacer para, cuestionada la identidad y la falsa polémica nacionalismo-cosmopolitismo, tener vigencia como clase intelectual. Más allá de las revistas y más acá de las redes sociales, afuera de la *opinionitis* que nos carcome y que no produce, ¿cuál es la válida acción política?

Monsiváis indagó la identidad a través de las múltiples caras de la cultura popular en un afán coleccionista sin precedentes que tiene su correlato *material* en el Museo del Estanquillo. Se trata de un gabinete de aficionado inverso en el que la identidad se desmorona por acumulación, en el que la ilusión de lectura homogénea desaparece. Y ese es, a mi juicio, su aporte final: una lectura del *Apocalipstick* de la mexicanidad.

Para volver, entonces, a Bolívar Echeverría, me parece fundamental recordar su afirmación:

⁷ Citado en Enrique Krauze, *La presidencia imperial. Ascenso y caída del sistema político mexicano (1940-1996)*, México: Tusquets 1997: 358.

⁸ Octavio Paz, “Burocracias celestes y terrestres”, *Revista Plural*, núm. 5 (febrero de 1972).

Si la identidad cultural deja de ser concebida como una sustancia y es vista más bien como un “estado de código” —como una peculiar configuración transitoria de la subcodificación que vuelve usable, “hablable”, a dicho código—, entonces, esa ‘identidad’ puede mostrarse también como una realidad evanescente, como una entidad histórica que, al mismo tiempo que determina los comportamientos de los sujetos que la usan o hablan, está, simultáneamente, siendo hecha, transformada, modificada por ellos.⁹

Esa identidad evanescente que tanto preocupó a Monsiváis —y a la generación anterior, con Carlos Fuentes y Octavio Paz a la cabeza— estaba construida sobre la ilusión de un proyecto mestizofílico del estado mexicano que terminó por hacer agua del todo. En el país de los múltiples Méxicos bien nos valdría reconocer también que somos un país multilingüístico, plurinacional, y que debemos aún profundas reparaciones a los pueblos indígenas. Mientras tanto todo lo demás, como siempre, será sola y tristemente simbólico. ●

⁹ Bolívar Echeverría, *Las ilusiones de la modernidad*. México: UNAM / Equilibrista, 1995, p. 74.